

JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO

APÓCRIFO DE MARÍA

Y OTROS ESCRITOS
SOBRE LA MADRE DEL SEÑOR

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2011

A MI MADRE, que me enseñó,
más con el corazón que con la cabeza,
a querer a mi otra Madre, María,
y que tiene la suerte de estar ya
en el cielo contemplándola a Ella.

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Ediciones Sígueme S.A.U., 1990
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1760-4
Depósito legal: S. 35-2011
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.

CONTENIDO

PRÓLOGO. El misterio de María	9
-------------------------------------	---

I

RAZONES DE MARÍA

La más honda historia de amor	17
Oración a María de un hijo agradecido	25
No somos dioses	31

II

APÓCRIFO DE MARÍA

1. Páginas del diario de María	37
2. Canción de amor a los catorce años	45
3. El día del ángel	55
4. La tentación de María	59
5. El canto de la doncella	63
6. Canción de María para un ocho de diciembre	75
7. Aquel sábado en que, en la sinagoga, leyeron a Isaías	79
8. Nueve meses	83
9. Ingreso en el silencio	93

III

CANTOS Y GLOSAS DE LA NAVIDAD

Del asombro del villancico	97
1. Madre	101
2. El trueque	103
3. La mula y el buey	107
4. De parte del hombre	109
5. Glosa a una «Canción para callar a un Niño» ...	111
6. Villancico a un sacerdote	113
7. La gloria del hombre	115
8. ¿Qué cosa es Dios?	117
9. Los siete días	119
10. Obediencia y paz	121

IV

ÚLTIMA SEMANA DEL DIARIO DE MARÍA

Lunes	125
Martes	128
Miércoles	131
Jueves	133
Viernes	135
Sábado	137

EPÍLOGO

Jesús resucita por la fe en el alma de María	139
--	-----

PRÓLOGO

EL MISTERIO DE MARÍA

Para acercarse al misterio (acercarse, porque llegar a él es imposible) existen muchos caminos, y no solo (como se suele pensar) el de la inteligencia. Podríamos asegurar incluso que hay algunos más rápidos: aquellos que pasan por el corazón.

Si esto es verdad referido a todo misterio, doblemente lo es cuando se habla del misterio de Jesús y de su madre, María. Aquí sí que puede asegurarse aquello de que «el corazón tiene razones que la inteligencia no conocerá jamás», que decía Pascal.

En cierta ocasión, hace ya bastantes años, cuando estaba yo en los inicios de mi oficio de escritor, un sacerdote amigo me preguntó qué estaba haciendo. Le respondí que una novela o un libro de poemas (no recuerdo bien). Entonces él, mirándome como un inquisidor, me espetó la vieja frase: «Quid hoc ad aeternitatem?» (¿Qué es eso para la eternidad?). Pensaba él que hacer arte era una forma de perder el tiempo, que poco o nada tenía que ver con la eternidad.

Y es que para este amigo sacerdote no había más camino hacia lo eterno que el teológico. Según él, el arte era, en el mejor de los casos, un juego, un adorno, una ilustración de lo que la cabeza discurría. Vamos, que era como la guinda que se pone sobre la tarta, pero en ningún modo la tarta misma.

A pesar de tales agoreros, yo me permití pensar desde mi juventud que, para Dios, lo verdadero, lo bello y lo bueno constituyen tres cualidades del Ser, y que por tanto ninguna de ellas debe ser depreciada o despreciada.

Desde entonces, tal idea ha ido creciendo en mí. Y hoy pienso que, junto al método teológico, hay que colocar el método cordial y el método poético, porque «la poesía ha llegado, por sus caminos, al mismo punto que la teología llegó por vías de reflexión a la luz de la fe» (L. M. Herrán).

Digamos, pues, que sobre Cristo y María se puede hablar «de tres formas distintas con un solo amor verdadero». Las tres parten de una misma fuente originaria (la Palabra de Dios), pero las tres la desarrollan con estilos diferentes.

El *método teológico* tiene, forzosamente, que apoyarse en esa Palabra de Dios que nos ha sido entregada en la Biblia, pero luego la explica a la luz de los Padres y Doctores de la Iglesia, y avanza por la especulación racional del teólogo, teniendo siempre en cuenta el Magisterio de la Iglesia.

El *método del corazón* surge también de la lectura de los evangelios y los desarrolla por las sendas del amor, tratando de imitar a Cristo y a su Madre. Es, a fin de cuentas, el que llega más rápido a su misterio, sobre todo cuando es Él quien toma la palabra y convierte lo devocional en verdadera mística.

Y hay un tercer camino, quizá más humilde, pero no por ello menos útil, que es el *método poético*. Aquí también se parte de la misma Palabra revelada (si no quiere quedarse en palabrería), pero el poeta y el narrador la investigan con una mayor libertad, en un esfuerzo que conjuga intuición, sensibilidad e imaginación metafórica. ¡Cuántas veces la metáfora feliz de un poeta dice en un solo verso lo que apenas balbucean muchas páginas teológicas!

Este último es el más próximo al pueblo, al pueblo cristiano. Tanto hablar del *sensus fidei* ¿y vamos a despreciar ese «sentido de la fe» que, a menudo, se expresa a través de quienes más arraigados están en el pueblo: los poetas, los narradores, los escritores?

Esta es la razón por la que, al mismo tiempo que escribía con la cabeza y el corazón mi *Vida y misterio de Jesús de Nazaret*, quise ir componiendo —pero esta vez con la fantasía y la intuición— lo que llamo «mis apócrifos», que quieren ser «la otra vida de Jesús y de María» desde el esfuerzo poético y narrativo.

La parte poética de esta obra ha recorrido un largo camino, exactamente desde 1975. Tuvo una primera

aparición bajo el título de *Apócrifo* (Cultura Hispánica), en la que ofrecí una cincuentena de poemas, la mayoría sobre la vida pública de Jesús. Como quedé bastante descontento porque allí apenas había rozado la resurrección, dediqué otro pequeño volumen a este misterio central de la vida de Cristo. Lo titulé *Apócrifo del domingo* (Rialp). El tercer envío fue el más apócrifo de todos, pues afrontaba el tema de la adolescencia de Cristo, de la que nada nos cuentan los evangelios (Ayuntamiento de Talavera de la Reina).

El verano de 1990 me resultó especialmente fecundo, pues en él pude dedicarme a un par de aspectos que también habían quedado incompletos en los tres volúmenes mencionados. Fruto de aquel trabajo son dos pequeñas obras: *Diálogos de Pasión* y *Apócrifo de María* (Sígueme).

A todo esto, el lector se estará preguntando por qué he adoptado ese título y ese género del apócrifo. «Apócrifo», etimológicamente, significa «cosa escondida, oculta». «Apócrifos» se llamaron los muchos evangelios que, al margen de los cuatro canónicos, pulularon en la Iglesia primitiva. Los más de ellos nacieron de la curiosidad de los primeros cristianos, que se sentían insatisfechos ante la parquedad de los evangelios «oficiales» y trataban de llenar, con la imaginación, sus «huecos». Otros surgieron de movimientos heréticos que intentaban «colar» sus ideas mediante supuestas historias y palabras de Cristo.

Espero que estos «Apócrifos» míos respondan a la devoción de la primera clase y no a los escarceos de los herejes. Desearía además que sirvieran no para sustituir a los evangelios auténticos, sino para ayudar a entenderlos un poco mejor a la luz de la imaginación y de la ternura amorosa.

Abren el volumen tres «Razones» que tienen como tema y protagonista a María. No en vano, también el artículo periodístico es una forma de hacer arte con la palabra.

Amén de estos poemas titulados *Apócrifo de María*, y que ocupan el corazón del libro, entrego al lector, con temor y temblor, otros que llevan por título *Cantos y glosas de la Navidad*, donde el misterio de la Encarnación del Hijo divino transforma las entrañas de su Madre.

A continuación, nos asomamos a las anotaciones del «Diario» de María. La Pasión y Muerte del Hijo son vividas por la Madre, que evoca desde ellos los misterios del nacimiento, la infancia y la vida oculta y pública de Jesús.

Esta obra ecléctica se cierra, como no podía ser de otra manera, con un canto a la resurrección. Se trata de la cuarta estación de un antiguo viacrucis mío, pensado desde la perspectiva de los misterios gloriosos, que en su día llamé «via lucis». Mediante ella, al profesar el misterio de la victoria de Cristo sobre la muerte, se nos invita a creer de la mano de María.

En todo caso, si en las páginas que siguen consigo alguna vez rozar el ala de la belleza y, a través de mis artículos, versos y narraciones, logro que alguien ame un poquito más a quien, a imitación de Dios, fue la Buena, la Bella y la Verdadera, a María, me daré por muy satisfecho.